BERLIN, Isaiah: Karl Marx. Trad. por Roberto Bixío. Madrid: Alianza, 1973.

Escribir una biografía intelectual de un autor famoso e influyente es una tarea mucho más arriesgada de lo que el continuo torrente editorial pudiera dar a entender. Y si el autor tratado es Karl Marx la empresa casi está condenada al fracaso. Porque las dos únicas formas válidas de tratar a tales hitos de la humanidad son la erudición supercuidada (al estilo de Cornu por ejemplo) o la breve y condensada intuición genial de lo que constituye el "núcleo" de su aportación, de lo que se considera realmente vital de tal autor en este momento histórico (de lo cual veo un ejemplo en el Lenin de Lukacs). Para el primer caso son necesarios muchos años de paciente compenetración, para el segundo hace falta, además, otro tipo de compenetración y una mente realmente totalizadora. Fuera de estos caminos la medianía más absoluta, cuando no la desfachatez más descarada, parece encontrar su paraíso terrenal. Sus razones: la "necesidad pedagógica" de introducir, necesidad divulgadora, la posibilidad (a priori!) de un nuevo enfoque y ... (quién sabe cuántos más!) el arsenal académico-editorial suele ser largo). Sus efectos: una cierta (digamoslo así) "castración educativa", una barrera obstaculizadora de la lectura directa, una "saturación" del tema por parte del desamparado lector (efecto de la inexorable medianía biográfica caracterizada sobre todo porque lo que jamás produce es estímulo) y un consiguiente deseo de desprenderse rápidamente de él. Lo más positivo (o lo único, más bien): recordar una fecha, un título, una cita, una anécdota que el día anterior se resistía a nuestra memoria. Lo más evidente: el hastío.

La obra de Berlin es una buena muestra de esas biografías "medias". Aparecida en 1939, está escrita en un lenguaje que se pretende objetivo pero que más bien es la apariencia que proporciona un estilo frío e insulso. Si algo hay que destacar en este libro es la inconsciente incomprensión por parte de Berlin de lo que la obra de Marx supuso y, sobre todo, supone. Es verdad que el autor nos dice que Marx es un jalón importantísimo en el pensamiento social cuya aportación es hoy básica en muchas de las "ciencias

sociales". Pero a la hora de prodigar elogios concretos Berlin muestra que se entusiasma más con el "tono vigoroso" del Manifiesto que con las aportaciones del Capital. Su atención se centra, muchas veces, más en los rasgos caracteriológicos - a partir de los cuales busca establecer, alguna vez, conexiones con sus escritos y teorías- que en el materialismo histórico. De este dice que "su estructura es vigorosamente hegeliana" y que al igual que Hegel, Marx "trata la historia como una fenomenología". No es que esto sea como para escandalizarse, no; Berlin ni aún en estas cosas sale de la medianía, y, por otra parte, sólo son muestras de la abulia que indudablemente debió sentir el autor al comenzar la obra. El Marx que Berlin presenta, a pesar de su lenguaje anémico, es poco menos que un profeta entregado en alma y cuerpo -sobre todo en cuerpo- a la difícil tarea de meter en los sesos de sus contemporáneos la "racionalidad de la historia". De profeta, Berlin realza muchos rasgos (característicos por su "sintomaticidad": como el hecho mismo de que la revolución socialista triunfase en Rusia en donde "las masas populares no estaban evidentemente maduras para su tarea", o el no menos sorprendente fracaso de Marx al no prever ni el fascismo ni la guerra estatal. Datos como estos son los que revelan lo que uno ve en la obra de Marx: profecías y más profecías. Con la ayuda de la "realidad", la premisa menor es "evidente" -cómo no? - y la conclusión inequívoca y, sobre todo, satisfactoria. No hay ni que dar suspiros) y se asombra ante algunos otros. Porque he aquí que el judío alemán (si leen ustedes a Berlin se darán cuenta de que éste es un dato importante a tener en cuenta) es una figura un tanto especial: lee cuanto cae en sus manos durante días y noches, explota incansablemente la Biblioteca del Museo Británico, agobia a su amigo Engels para que le proporcione datos prácticos y cuida en sus obras, la información al máximo. Alguien pensará que tras todo ello hay rigor científico; le aconsejamos que no se exceda. Porque Berlin nos enseña que las obras de Marx son una mezcla extraña y original (que la extraño entre algunos intelectuales es considerado original) de muchos elementos. Ahora bien: de un vigor inusitado (lo del vigor que no se lo quiten a Berlin). Porque, a ver si no:

"cómo puede deducirse un precepto moral, un mandamiento, de la verdad de una teoría de la historia?". Esta reflexión sencilla hecha a propósito de las tesis sobre Feuerbach es decisiva. Berlin intuye que los tiros de Marx no van por ahí, pero de esa inmediatez no pasa. Por algo dice que sus escritos son una mezcla extraña.

Aquí tenemos ya a Marx convertido al final, (o al principio porque el análisis de su desarrollo está hecho -una vez más! - en futuro anterior) en el gran artífice de las armas teóricas y prácticas de un movimiento dispuesto a ser marxista (ya que, como es sabido, y si no lo saben leánse a Berlin, la intolerancia del creador no aceptaba otra cosa). Pero y Engels?. No teman, el autor no se ha olvidado de él. Marx es el gran creador y Engels es simplemente Engels. Su mayor mérito consiste en haber intuido la gran genialidad de su amigo y en haberse entregado con devoción a aguantarle su agrio genio para con sus contemporáneos, a ser su bastión incondicional y a procurar que no se muriese de hambre sino de un absceso en el pulmón, y a su muerte la misma extensión de sus doctrinas venía a refutar lo que Marx siempre había rechazado: que""las ideas determinan decisivamente el curso de la historia". Pero no se preocupen, a pesar de todo esto, Marx tiene cosas muy decisivas, se lo dice Berlin.

Francesc Agües